

La herramienta de la duda cartesiana

V. JAVIER LLOP PÉREZ

V. Javier Llop Pérez es doctor en Filosofía y profesor de Filosofía en la Enseñanza Secundaria.

I.

LA HERRAMIENTA DE LA DUDA

Pero, ¿podéis dudar de vuestra duda y permanecer en la incertidumbre de si dudáis o no?

DESCARTES

Descartes quiere dejar el antiguo edificio de la filosofía escolástica y construir sobre sólidos cimientos otro nuevo. Para hacerlo, no basta el abandono del primero, ni una negación rotunda de lo anterior o un dejarlo de lado. Hay que remover hasta la base lo antiguo, pues “la ruina de los cimientos lleva necesariamente a la de todo el edificio”. Sin embargo, nadie pasa de un salto del edificio destruido al nuevo, entre otras razones porque está por construir. Hay cierto *horror vacui* que nos impide deslizarnos sin solución de continuidad de lo abandonado y derruido a lo nuevo. Descartes habla de una cabaña que provisionalmente puede darle cobijo hasta que el nuevo edificio esté construido.

En este periodo de transición, aparece la duda como herramienta apropiada para buscar la roca firme donde asentar los nuevos cimientos. Si el anterior edificio se desmorona por estar mal asentado, la mayor desconfianza y prevención debe guiar nuestra búsqueda de un nuevo fundamento. La duda es una herramienta que, al menos, detectaría eficazmente lo que no es roca. Sin embargo, esa duda sistemática y radical nos sumerge en una incertidumbre total. Esta herramienta de búsqueda que nos impide caer apresuradamente en el error (tomar lo falso por verdadero, el pedregal por roca) es también herramienta de perdición que termina de hundir el barco de nuestras antiguas opiniones y conocimientos, dejándonos en un mar de dudas. Más vale saber que nada sabemos, según el sabio dictamen socrático, que permanecer anclados en la doble ignorancia de un conocimiento inseguro y además considerado firme.

Ahora bien ¿qué es dudoso? ¿Hasta dónde alcanza la duda? En principio y por principio, a todo: las teorías, las creencias, los conocimientos..., todo aquello que constituía el bagaje intelectual que Descartes ha comparado al antiguo edificio que se derrumba. Pero también, ahora, son dudosos los sentidos, que no pueden garantizar la verdad de lo que ofrecen. La matemática presta un asidero más firme, pues ¿quién en su sano juicio puede dudar que dos más dos son cuatro? Y, no obstante, cabe que un genio —poderoso y engañador— me tenga en un error al respecto. El espolón de la duda atraviesa la verdad como correspondencia entre mis percepciones y la realidad y hiere gravemente la verdad autónoma de las mismas ideas matemáticas.

Abocado al permanente peligro de creer como verdadero lo que no tiene más fiabilidad que un sueño (desapareciendo así la diferencia entre sueño y vigilia), encontramos que todo, sea verdadero o falso, lo pienso, y, en tanto que pensado y/o dudado, es (pensamiento). El espolón de la duda nos ha hecho abando-

nar definitivamente el barco del sano sentido común y de las antiguas convicciones, y nos ha arrojado al inmenso e inseguro *mare tenebrosum*. Mas, inmerso en un mar de dudas, hallamos paradójicamente que lo más firme es, precisamente, el mar de dudas, mar del que ya no cabe salir si no es renunciando a la travesía y refugiándonos en la estéril arena de la isla del sentido común, esa “seguridad moral” de la que habla Descartes en el *Discurso del método*.

Detengámonos en el carácter de herramienta de la duda. Dos razones permiten calificarla así. En primer lugar, en la medida en que el *Discurso del método* presenta —e inaugura— el camino a seguir por cualquiera —por tanto, repetible— para alcanzar la certeza del *cogito*, la duda aparece como instrumento o herramienta —asimismo manejable por cualquiera— para llegar a tal fin. Por otro lado, presentando el carácter de medio con que se emplea para detectar un nuevo fundamento, adquiere así la fisonomía de la herramienta, que es medio para alcanzar un fin: el cuchillo corta hasta llegar al hueso, el martillo golpea el clavo hasta introducirlo en la pared, y luego son abandonados. Posibilidad de utilización por cualquiera y medio para conseguir un fin son las dos características señaladas de la herramienta.

Ahora bien, como toda herramienta, cabe un uso apropiado o inapropiado de ella en función del fin para el que ha sido diseñada. Para Descartes, la duda es empleada metódicamente (camino repetible para alcanzar un fin) para encontrar lo contrario a ella, la certeza, y luego abandonarla. Éste sería su uso apropiado. Permanecer en ella (en la duda, en la incertidumbre, en la herramienta) sería hacer un mal uso de ella —al modo escéptico—, pues no conduciría a su fin. Carácter de medio o herramienta, la duda es también estado desvalorizado del que es necesario salir, ya sea por haber alcanzado la certeza, ya porque la suspendamos con un acto de decisión. Herramienta que perfora y actúa hasta encontrar algo que la neutralice, cuchillo afiladísimo que sólo ante el hueso puede detenerse, duda total que sólo con el *cogito* encontrará su disolución, pues de lo contrario no vale la pena detenerse en ella.

La duda se presenta, pues, como herramienta de búsqueda (para salir al fin de ella) o como herramienta de perdición (si permanecemos en ella sin alcanzar la certeza). Sabemos que ese dilema inaugura el camino triunfante de la razón moderna.

Siguiendo con la duda, nos resistimos a la caracterización aparentemente simple y clara como herramienta o, en todo caso, señalemos su carácter paradójico: herramienta desvalorizada, pero necesaria, herramienta que puede conducir a buen puerto (certeza) o convertirse en pesadilla si conduce al escepticismo. Herramienta paradójica, pues en la medida que encuentra aquello que busca, acaba su función, y si no lo encuentra, permanece siendo tal; herramienta que, si cumple su fin, desaparece, y de lo contrario permanece; si sirve como herramienta, se desvanece en aquello que ha hallado, y si muestra su inutilidad, con-

tinúa como tal; si permanece como herramienta no nos sirve, y si en su uso desaparece como herramienta, sacamos máximo partido de ella. Herramienta paradójica o paradoja de toda herramienta, que parece tener su propia esencia en el uso apropiado que conduce a prescindir de ella, pues sólo es medio para conseguir el fin. ¿No es esa la función de toda herramienta? ¿No ocurre así con la duda?

Descartes duda y el mismo dudar es pensamiento (si está dudando, está pensando) y, en la medida en que duda, piensa, y en la medida en que piensa, es. Sin salir de la duda, encontramos lo que está más allá de toda duda; contemplando la duda, contemplamos lo que resiste toda duda. Herramienta paradójica, ya que en su uso se convierte en no-herramienta, no medio. Aceptada la igualdad de duda y pensamiento, el medio no pervive a su utilización, la herramienta no sobrevive a su uso, la duda nos hace salir de la duda. No hay duda que valga, pues la duda es pensamiento y, como tal, algo firme en el *cogito*. Herramienta apropiadísima, pues como en toda herramienta hay similitud entre ella y el objeto (entre el destornillador y el tornillo); aquí la misma herramienta se funde en el fin hallado: dudo, pienso, soy.

En el ámbito del *cogito* caben las dudas, pues ahora tales dudas, siendo pensamientos, no hacen más que corroborar mi existencia como ser pensante. Con la duda nos mantenemos en el elemento del pensar, en el ámbito del pensar. Pero eso no basta. Ese ámbito quiere estar seguro de sí y ver asegurado en él aquello que se le presenta. No sólo pensamiento o representación, sino pensamiento firme, cierto, indudable.

La travesía cartesiana la podemos representar como el recorrido desde la incierta seguridad del sentido común y de las antiguas convicciones a la apodíctica seguridad del *cogito* y sus *cogitationes*. En medio, como medio, como instrumento que permite recorrer el camino, la duda, duda que se aplica a todo menos a la duda misma. ¿Dudar de la duda? Esto quiere decir dudar también de la duda como herramienta, dudar de la duda como estado desvalorizado, dudar de la duda como medio útil para algo. Dudar de la duda viene a ser: a) prescindir de la creencia en su poder detector, orientador, mediador; b) reafirmarla en su valor propio como tal; c) apostar por lo incierto, enigmático, diferente, lo no asegurado para el sujeto. Dudar de la duda no es, en tal caso, doblarla en su poder ni reafirmarla en su potencia, sino mantenerla en su *status* indeciso, a medio camino entre el escepticismo (que la quiere como verdad) y la certeza (que la rechaza como fin).

II. EL ESCENARIO DE LAS REPRESENTACIONES

La vérité étant une même chose avec l'être.

DESCARTES

Descartes ha ido ascendiendo por una escalera progresiva de dudas (sentidos, sueño, genio maligno) que, separándole de las débiles certidumbres del sentido común, le ha introducido en un único escenario: la escena de las *cogitationes*, el “espacio” de los pensamientos. Espacio cerrado, pero en absoluto empobrecido, pues todo —como idea— reaparece en él; escenario único y privilegiado: único, pues, bien pensado ¿en qué otro se da todo lo que se nos da, sean percepciones, sentimientos o pensamientos?, y privilegiado,

pues nos constituye en centro y fundamento en el cual y desde el cual el mundo se constituye.

Al caer en el mar de dudas no nos alejábamos del mundo y nos perdíamos nosotros. Bien al contrario, arrancábamos al sujeto del espejismo de un mundo previo al pensar, y así quedaba señalada la condición de posibilidad de todo ser y conocer: la razón. Nos encontramos, pues, en un *mare nitidum* más que en un *mare tenebrosum*, a condición de afirmar la igualdad dudas y representaciones; afirmación necesaria, pues ¿qué son ahora las dudas, sino ideas, dado que no hay término de comparación posible, como lo era antes el “mundo externo”, y no cabe dudar de que nada que pase por mi mente sea otra cosa que idea?

Ahora ha perdido su sentido tradicional el término “duda”. Si sólo hay presencia de ideas, ¿qué sentido tiene decir que se duda de ellas? Si se ha perdido la noción de verdad como correspondencia, ya no cabe tampoco la noción de duda que basculaba sobre esa correspondencia. Sólo cabe un criterio de verdad inmanente al mismo ámbito de las representaciones: certeza de las ideas claras y distintas; incertidumbre de las ideas oscuras y confusas.

Transparente a los pensamientos que le atraviesan, Descartes sustancia con demasiada urgencia esa presencia de ideas: *res cogitans*, algo que piensa. Mas ¿qué nos autoriza a afirmar esa sustancialidad? La actividad del pensamiento y no su “ser” genérico es lo que se revela en el “yo pienso”. Presencia de ideas, presencia de representaciones, es cuanto podemos afirmar. Pero, presencia, ámbito, tiene que haber: dudas en el mar, representación en el escenario. Señalada la prioridad ontológica del escenario de las *cogitationes*, no hay posibilidad de representaciones fuera de él, de teatro en la calle. Mar de dudas o de certezas, escenario de representaciones; en todo caso, ya no hay escapatoria del ámbito.

Ese ámbito imposible de sustanciar y representar (pues es condición de posibilidad de toda representación) es la *subjetividad*: el terreno más firme, la roca más segura. Ya lo había afirmado explícitamente Descartes en el *Discurso del método*: su objetivo era “edificar sobre un terreno que sea enteramente mío”.

Recorrido el territorio de la duda, hemos alcanzado el terreno de la certeza. ¿En qué consiste la verdad?

Descartes señala que cabe diferenciar las ideas verdaderas de las falsas por su evidencia: las ideas que aparecen (*intuere*) claras y distintas son verdaderas; las que aparecen oscuras y confusas (no se ven con claridad, no hay intuición) son falsas. Ya se ha dicho que la propia diferenciación y determinación de las ideas sin salir del *cogito* es el único camino consecuente que se puede seguir. Pero ¿por qué aceptar este criterio inspirado en la matemática? Pende sobre el escenario la posibilidad omnipresente de un dios engañador, quedando en falso la diferenciación y el criterio que establece la intuición. ¿Quién nos garantiza —nos asegura, pues de eso se trata— que la intuición no es un magnífico engaño de Dios?

Descartes intentará —infructuosamente, según sabemos— solucionar tal problema demostrando que Dios existe (*extra-cogito*), y es bueno, con lo que queda así garantizada su legitimidad (vía idea de Dios como ¡intuición!) y la existencia del mundo, físico-matemáticamente tratable.

Descartes quiere demostrar que, más allá del escenario y las escenas, hay algo “fuera” que corresponde

a lo representado allí dentro, y así traiciona la originalidad del planteamiento. Vano intento que se muestra al querer probar desde la escena la existencia de lo otro... de la escena.

Frente a ello, afirmemos: presencia de representaciones, esto es lo indudable. Descartada la verdad como correspondencia, rechazada la evidencia como criterio de verdad, ¿qué puede significar dudar? Sólo cabe una respuesta: hay duda cuando una representación se me aparece como contradictoria, como siendo representación de blanco y no-blanco. Sabemos que ése es precisamente el límite que constituye toda representación, límite infranqueable en el escenario del *cogito*. El repudio de la duda mostrará su esencialidad en la misma constitución de la certeza, pues es el límite que constituye la identidad *eidética*, que no permite la contradicción; límite, pues, constitutivo, pero excluido de la identidad. El principio de identidad nos aparece como el principio más firme del pensar, la condición de posibilidad de toda representación, y Dios mismo queda sometido a ese principio. ¿Dios omnipotente sometido a un principio? Si Dios *es*, el principio de identidad lo rige; si es *omnipotente*, a ningún principio puede estar sometido. ¿Contradicción? Dios, permaneciendo tal, se hace impotente, finito; Dios, sustancia infinita, guarda en su seno la finitud; Dios, cuya entraña constitutiva es la contradicción (finito-infinito), y así Dios verdadero que nada deja fuera de sí (Hegel). Ésta es la única posibilidad, posibilidad que sólo mediatamente —mediatez trabajosa del concepto— podemos contemplar.

Resumamos. La duda, en un primer momento, nos aparece como herramienta apropiada que conduce a la certeza, duda identificada con el pensamiento y que nos separa definitivamente de toda relación con el supuesto “mundo externo”. En un segundo momento, planteábamos qué podía ser la duda en el ámbito exclusivo de las ideas, dado que no hay correspondencia posible entre idea y cosa, ni entre evidencia e intuición, para diferenciar entre ideas ciertas y dudosas. La duda, en este caso, consistiría en la “presencia” de la contradicción, contradicción que el pensamiento no puede sino repudiar y que, sin embargo, es el límite que constituye, y a la vez, excluye de sí, el ser idea, la realidad *eidética*.

Por otro lado, y más allá de la consideración epistemológica de la duda, planteamos el problema del valor de la duda como tal, apuntando hacia un *status* que escapara de su consideración como medio y la situara fuera del dominio del sujeto, donde quedaba desvalorizada en su camino a la certeza absoluta de sí.



En el bosque